

Viernes, 22 de septiembre

Son las nueve y cuarto de esta calurosa mañana de septiembre, más calurosa que cualquiera de los días de verano que hemos tenido. Todas las ventanas están abiertas y el hollín flota en el aire y se deposita por todas partes, como si fuese lluvia radioactiva. Más allá de la puerta de este dormitorio, que acabo de cerrar con llave, el apartamento está vacío y desagradablemente tranquilo. Las niñas han vuelto al colegio hoy, un viernes, para lo que llaman la jornada de reorientación. Acabo de llegar a casa, he ido a despedirlas al autobús del colegio y a pasear a *Folly* por Central Park West. Me ha llevado una eternidad, porque *Folly* odia las alcantarillas y a mí me da miedo entrar en el parque. Hoy había jurado que me forzaría a hacerlo, he llegado hasta la entrada y entonces he visto a un hombre en medio del camino, de pie, sonriendo a los árboles con cara de chiflado. Era un hombre muy viejo con el pelo blanco, seguramente no era más que un pobre padre jubilado, o un ornitólogo senil esperando ver, por casualidad, un pinzón púrpura..., pero no podía arriesgarme. Yo no. Ahora no.

Así que nos hemos dirigido a las sucias alcantarillas con páginas rotas del *Daily News*. En cuanto he llegado a casa, he cerrado esta puerta con llave... No me gusta este silencio. He abierto el cajón de en medio y sacado la libreta de debajo de un montón de combinaciones de nailon. Es una estupenda libreta, gruesa, de ciento treinta

8 SUE KAUFMAN

y dos páginas. Al deslizarse por la primera página, tan nueva y tan blanca, mi mano deja unas marcas de humedad, hinchadas y arrugadas, que hacen que la tinta se corra cuando intento escribir encima. Compré la libreta ayer, en la tienda de todo a cinco centavos. Llevé a las niñas allí como premio por haberse portado tan bien mientras comprábamos su ropa interior y sus nuevos pijamas de invierno en Bloomingdale's. El premio era un helado y cinco dólares de material escolar. Sólo era un juego, ya que el colegio Bartlett les proporciona todo el material que necesitan. Pero se lo había prometido y eso era lo que querían, así que cada una cogió una cesta y empezó a llenarla de cosas: pequeñas libretas con espiral, estuches de lápices, gomas de borrar de color rosa, cajas de clips, reglas de plástico, plumillas, rotuladores y tubos de pegamento. Mientras buscaban y elegían, yo me quedé a su lado mirando, deseando que el tic de mi ojo derecho se detuviese y rezando para que el nudo de mi garganta no empeorase, y entonces me fijé en el montón de libretas y se me ocurrió la idea. Así de sencillo. Las vi y supe que eran lo que necesitaba, lo que había estado buscando todo este tiempo, sin saber que las necesitaba ni que estuviera buscándolas. No sé si me explico. También supe que era una buena idea, sensata, porque mientras estaba allí de pie, mirando las libretas, el tic del ojo se detuvo de repente y el nudo de la garganta desapareció. Una señal. Así pues, cogí cuatro libretas y me las puse debajo del brazo.

—¿Son para nosotras, mamá? —preguntó Liz en la caja, cuando las dejé para que las marcaran junto con sus cosas.

—No. Son para mí —dije, quitándole un sombrero de plástico impermeable de las manos y devolviéndolo al expositor que había al lado de la caja.

—¿Para ti? —dijo Sylvie—. ¿Para qué necesitas tantas libretas? ¿Qué vas a hacer tú con tantas libretas?

Saqué el billettero para no darle una buena bofetada.

—Informes —dije con calma, cogiendo los billetes—. Voy a hacer informes.

Hay que reconocer que *informe* es una palabra muy buena. *Informe* en el sentido narrativo, no administrativo. Informe, informar...

Un informe de lo que está sucediendo. Mucho mejor que diario o memorias. *Diario* me hace pensar en esas chicas de las colonias, regordetas y tristonas, que tenían diarios de tafilete falso de color verde con candados y llaves que llevaban colgadas en cadenas de sus mugrientos cuellos. *Memorias* me recuerda los cursos de literatura de la universidad, a Gide, Woolf, Gorki o Baudelaire. Aunque debo reconocer que algo en la línea de «he sentido pasar sobre mí el viento del ala de la locura» de Baudelaire se acerca bastante a lo que tengo en mente.

En fin, *informe* me gusta. Informe es la mejor opción. Sí, informe funciona perfectamente. Por ejemplo: informe de lo que ha ocurrido aquí esta mañana a las 07.22.

Tirando con indignación sobre la cama una camisa limpia a la que faltan dos botones, Jonathan se dirigió al armario para buscar otra mientras decía:

—Tina. Tina, estoy realmente muy preocupado por ti.

Afortunadamente me estaba dando la espalda y no pudo ver mi reacción.

—¿De verdad? —dije, y logré por fin subirme la cremallera de los pantalones—. Tiene gracia. ¿Por qué demonios estás preocupado por mí?

—No tiene ninguna gracia. —Dio media vuelta mientras metía un brazo en una camisa, es de suponer que con todos los botones en su lugar—. De hecho, es un asunto muy serio. Estoy preocupado porque no te reconozco, desde hace semanas no eres la misma.

A pesar de que me preguntaba si esta vez se habría descubierto el pastel, logré mantener una aparente calma.

—No sé de qué me estás hablando, Jonathan.

Y me acerqué al espejo para peinarme.

Suspiró, se dirigió al corbatero instalado en la parte interior de la puerta del armario y empezó a revolver las ciento diecisiete corbatas que tiene colgadas allí.

—Estoy hablando de muchas cosas. Para empezar, mira tu as-

pecto. No tienes buen aspecto, de hecho tienes un aspecto horrible. Tienes muy mal color, pareces agotada, diría que estás perdiendo peso, y encima parece que no te importe nada tu aspecto. Y, para colmo de males, estás más susceptible que nunca. Nerviosa, irritable y desorganizada. Fíjate en los baúles que dejamos en el ofice, por ejemplo. Hace casi dos semanas que volvimos del campo, y sin embargo no has movido ni un dedo para deshacer esos malditos baúles y sacarlos de en medio de una maldita vez. Podría continuar, Teen,* pero creo que a estas alturas ya sabes a lo que me refiero cuando te digo que has cambiado.

Lo sabía. Él había acabado de vestirse, estaba listo para su desayuno y sólo esperaba a que yo intentara justificarme.

—Railway Express trajo los baúles el pasado viernes por la mañana —dije—. Hace una semana que están aquí, no dos. Uno de los baúles contiene casi únicamente tu ropa de verano sucia. Ya que insistes en que tu ropa se guarde planchada, además de lavada, y ya que no te gusta cómo plancha Lottie y tampoco quieres que mande la ropa a la tintorería, tengo que buscar una lavandera especial para ti, y sencillamente no he tenido tiempo de hacerlo. No he tenido tiempo de hacerlo porque, hasta hoy que ha empezado el colegio, las niñas han estado sin nada en que ocuparse. He tenido que entretenerlas. He pasado dos semanas con ellas, recorriendo la ciudad con este calor insoportable: de compras, al médico y al dentista para las revisiones, de paseo con sus amigas. Si estoy cansada y pálida y un poco desarreglada, si parezco nerviosa y desorganizada, es porque no soporto correr todo el día de un lado a otro con este calor, y porque no he tenido ni un solo minuto para mí.

Un tanto desconcertado ante esta detallada exhibición de pruebas circunstanciales (cuando en realidad, siendo abogado, no debería haberle extrañado), sacudió la cabeza cansinamente.

—De acuerdo, Teen. De acuerdo. Reconozco que tienes razón, pero de todos modos estoy preocupado por ti. Me gustaría que fueses a ver a Max Simon y que te hiciera un chequeo completo... Puede que

* *Teen*, diminutivo de *teenager*, adolescente en inglés, y que se pronuncia [tin].

VIERNES, 22 DE SEPTIEMBRE 11

estés anémica o algo así sin saberlo. Y creo que después del chequeo sería una buena idea ir a ver a Popkin para hablar con él.

—¿Popkin? ¿Por qué demonios debería ir a ver a Popkin?

Jonathan volvió a suspirar con resignación.

—¿Por qué? Porque te ayudó mucho hace dos años, cuando te pusiste tan mal. Por eso.

—Permíteme recordarte —dije alzando la voz— que me puse «tan mal» porque mi padre estaba a punto de morir. ¡Y ahora no estoy «tan mal»!

—Vale, vale. Tranquilízate, por el amor de Dios... Precisamente a esto me refiero. Estás demasiado susceptible.

Y se fue taconeando por el pasillo con sus flamantes zapatos nuevos Peal de sesenta y cinco dólares.

Final del informe. Observación: ha ido por los pelos. Por los pelos. Pobre Jonathan. Piensa que estoy susceptible y despistada. Nerviosa e irritable. Lo que realmente pasa es que estoy paralizada, y lo he estado todo el verano. Lo que pasa es que estoy paranoica. Lo que pasa es que a veces me siento tan deprimida que ni siquiera puedo hablar, tan desesperada que me encierro en el lavabo y abro todos los grifos para que no se me oiga llorar. En cambio, otras veces estoy con los nervios tan de punta que no puedo quedarme quieta en ningún sitio y todo se agita a mi alrededor, y al final no tengo más remedio que tomarme una pastilla o un trago de vodka a escondidas..., lo que tenga más a mano. Lo que pasa es que de repente siento miedo de casi todo lo imaginable. Haré una lista. Tengo miedo de:

los ascensores

los metros

los puentes

los túneles

los sitios altos

los sitios subterráneos

12 SUE KAUFMAN

los sitios cerrados
los barcos
los coches
los aviones
los trenes
las multitudes
los parques desiertos
los dentistas
las abejas
las arañas
las polillas peludas
las cucarachas
las pandillas de adolescentes
los atracadores
los violadores
los tiburones
los incendios
los maremotos
las enfermedades mortales (todas las conocidas)

La lista continúa, pero yo soy incapaz de seguir. Es la primera vez que lo pongo por escrito. Es un pelín desalentador, como dicen. La cuestión es que, a pesar de que todo comenzó a principios de agosto en el campo, no descarriló hasta que regresamos a la ciudad, el fin de semana después del Día del Trabajo. No entiendo cómo he logrado ocultarlo, pero sabía que no podía seguir así y necesitaba ayuda, incluso antes del discursito de Jonathan de esta mañana. Pero por ayuda no me refería a Popkin. Mucho antes de que Jonathan lo mencionara, yo ya había decidido que no podía ser él, por la sencilla razón de que no podría soportar la perspectiva de volver a pasar por todo eso. Suponiendo que fuera posible. Quiero decir que me psicoalicé a fondo, y se supone que con éxito. Hace once años que funciono de maravilla, y no puedo evitar pensar que sólo estoy temporalmente fuera de servicio, y de que lo que no funciona en mí es algo que sólo yo puedo arreglar. No soy, en absoluto, ma-

terial de loquero. Otra razón por la que no pienso volver a Popkin es que, pese a que nunca se lo he dicho a Jonathan, sigo furiosa por la segunda parte de la historia con Popkin de hace dos años. Aunque es cierto que me puse muy mal, como ha señalado Jonathan —no podía parar de llorar—, tenía una razón de peso: mi padre acababa de tener una oclusión coronaria y yacía en una cámara de oxígeno en el hospital, a un paso de la muerte. Yo lloraba día y noche, lo cual resulta bastante agotador. Finalmente llamé a Popkin y fui a verlo, preparada para una especie de puesta a punto, tal vez para un refrito de la historia de Electra, con algún giro inesperado del estilo «El rey debe morir» para animar un poco la cosa. Ja. Durante dos sesiones Popkin no abrió la boca, sólo me escuchó llorar y divagar. Finalmente, en la tercera visita, habló. Dijo que yo no lloraba por mi padre, sino por mí misma.

—Durante tu análisis no logré nunca que asumieras el concepto de mortalidad —dijo—. Pero te fue tan bien a pesar de ello que decidí pasarlo por alto. Así funciona la terapia, hay que dejar pasar ciertas cosas, de otro modo algunos pacientes no progresarían nunca. Sin embargo, aquí lo tenemos, finalmente. Y ahora lloras porque te has dado cuenta de que tú también morirás. Lloras porque la inminencia de la muerte de tu padre te ha hecho comprender que la tuya también es ineluctable. Por fin te has dado cuenta de que nadie es inmortal, y tú, menos que nadie.

Aunque al principio de esa tercera sesión yo había llorado un poco, cuando dijo todo aquello ya no lloraba. Creo que sencillamente había dejado de llorar porque mi padre ya no se hallaba en estado crítico... Lo habían sacado de la cámara de oxígeno, estaba fuera de peligro, lo bastante recuperado como para hacer planes de vender su negocio, jubilarse e irse a vivir a Florida. Pero, naturalmente, le di las gracias al doctor Popkin, que dijo que me mandaría la factura (de ciento veinte dólares) y que lo llamase o fuese a ver en cualquier momento que le necesitase. Cuando lo dejé, estaba poniendo una servilleta de papel limpia en el reposacabezas de su diván.

Y allí pienso dejarlo. No sólo pienso que puedo solucionar yo

misma lo que me ocurre, sino que creo, además, que al final no habrá sido más que una casualidad. Algo medioambiental. O algo extraño que todavía no ha sido documentado, como Agitación Premenopáusica, un pequeño avance de lo que está al caer. O porque cumplí treinta y seis años a principios de agosto: sería de lo más oportuno. Treintaiseiscitis. Nunca olvidaré aquel verano que pasamos tres semanas en Wellfleet, el mismo verano que murió Marilyn Monroe, cuando una tarde en la playa la mujer de un psicoanalista estuvo pontificando sobre los horrores de cumplir treinta y seis años. Afirmaba que treinta y seis años es una edad significativa y peligrosa para las mujeres..., como cincuenta para los hombres. Estaba convencida de que el hecho de que Marilyn acabara de cumplir treinta y seis años tenía mucho que ver con su suicidio. En aquel momento, lo único que yo deseaba era darle un coscorrón en su dura mollera con la pala de Liz, pero tal vez, a fin de cuentas, tuviera razón. Treintaiseiscitis. ¿Es eso lo que tengo?

No lo creo. Pero, tenga lo que tenga, me será de gran ayuda escribir en este cuaderno. Una prueba de lo buena que fue mi corazonada, de lo terapéutica que ya está resultando: mis manos están secas y calientes... No he hecho que el papel se humedezca desde la segunda página... Y por primera vez en semanas tengo suficiente hambre para poder pensar en el almuerzo. Sí. Creo que no sólo será un buen lugar para desahogarme: tal vez me ayude a ver las cosas con más claridad. Si mi propósito es contar las cosas objetivamente, tal y como suceden, quizá, cuando lo vuelva a leer más tarde, sea capaz de detectar algún patrón, algo que explique cómo he llegado a esta situación. Si decido continuar, el gran problema será encontrar un escondrijo seguro, más seguro que el cajón de la ropa interior o la caja donde guardo los bolsos en el ropero, ya que Lottie se encarga de guardar la ropa limpia, y las niñas de vez en cuando hurgan en mi armario. Pero esto es un poco prematuro. Por hoy voy a tener que parar. Son las 11.45, mucho más tarde de lo que pensaba, y hace tres cuartos de hora que ha llegado Lottie. Mientras escribo esto, la oigo hacer las camas de las niñas en la habitación de al lado, lo que significa que pronto querrá entrar aquí.

VIERNES, 22 DE SEPTIEMBRE 15

Ahora que todavía estoy a tiempo, voy a parar para esconder esto en el cajón de las medias, y luego iré a la cocina y me prepararé algo de comer. Después llamaré al doctor («llámame-Max») Simon y pediré hora para un chequeo... No sólo para tranquilizar a Jonathan, sino para ver si lo engatuso y me da más pastillas: los suministros que me proporcionó ese matasanos de Sag Harbor se están agotando. Después, supongo que debería llamar a una lavandera para que viniera y se hiciera cargo de la ropa de los baúles. También debería llamar para que vinieran a encerar los suelos antes de volver a poner las alfombras, a limpiar los cristales... y sabe Dios cuántas cosas más. Pero, en realidad, la idea de hacer todas estas llamadas no me atrae, no me dice nada. Así pues, me pondré un vestido y llevaré a *Folly* a ese salón canino de la avenida Lexington, para que le corten el pelo. Mejor a ella que a mí.